

Víctor Ortega

“Otra mirada, mismo mar. Aspectos antropológicos para la arqueología de ámbitos marítimos”

p. 195-222

Espacios marítimos y proyecciones culturales

Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia

2019

342 p.

Figuras

(Serie Historia General 37)

ISBN 978-607-30-2044-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/719/espacios_maritimos.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



OTRA MIRADA, MISMO MAR
ASPECTOS ANTROPOLÓGICOS PARA LA ARQUEOLOGÍA
DE ÁMBITOS MARÍTIMOS

VÍCTOR ORTEGA
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Centro Chihuahua

*El mar, como límite, traza en realidad
la forma de los continentes. Toda geografía
conviene comenzarla por el mar.*

Jules Michelet, *El Mar*, 1861.

*Es más fácil compartir el mar que la tierra,
poseerlo es más difícil.*

Predrag Matvejevic, *Breviario
mediterráneo*, 1989.

Muy numerosas eran las poblaciones costeras que habitaban las costas mexicanas durante la época previa a la llegada de los europeos. Adaptados a la geografía de litoral, y a los procesos de sus ecosistemas desarrollaron culturas marítimas muy particulares. Las empresas de conquista que comenzaron a llevarse a cabo en el transcurso del siglo XVI, no sólo trastocaron las tradiciones indígenas y su relación con el entorno acuático sino que, además, trajeron consigo una mirada distinta, una forma diferente de ver el mar y de relacionarse con él.

En cierta forma hemos aprendido a dejar de ver el agua, en todas sus manifestaciones, como parte del entorno, del paisaje, de la vida cotidiana y como recurso esencial; en consecuencia hemos también menospreciado su importancia simbólica e ideológica. Perdimos, asimismo, el arte de su representación. Para muchos, la lluvia sólo es un fastidio¹ y los cuerpos acuáticos simples cisternas para el uso ordinario.

¹ Se le tilda de “mal tiempo” en todos los noticieros, por ejemplo.



En consecuencia, la mayoría de nosotros tiene un conocimiento somero y liminal del mar, lo conocemos sólo en sus orillas y superficie, de manera esporádica y, muchas veces, meramente referencial. Pero ¿cuántos podrían reconocer sus estados y procesos, sus presencias y retiros, su *rappoport*? Lamentablemente, este distanciamiento se extiende a otros cuerpos de agua, como ríos, lagos y demás humedales, cuya patencia se difumina cada vez más tanto en significación como en materialidad.

A pesar de que un porcentaje importante de la población mundial habita en relativa cercanía con el océano —lo cual no es de extrañar si consideramos que éste cubre tres cuartas partes de la superficie terrestre— la mentalidad social moderna se encuentra cada vez más desvinculada del mismo, al grado de entablar con él una interacción crecientemente pragmática que, negando su profunda complejidad, lo reduce a un mero espacio para actividades comerciales y recreativas. Este enfoque, carente de sintonía, no sólo es erróneo sino pernicioso, y limitarse a decirlo no sólo es ocioso sino insuficiente.

Antaño y hogaño, la interacción de los seres humanos con el ponto ha sido diversa, profunda y compleja.² Aun circunscribiéndonos a los aspectos sociales y culturales de dicha relación destaca el hecho de que ésta ocurre en múltiples grados y niveles. La variedad de estados, valores y calidades implícitos en este vínculo se articula de manera distinta en cada caso produciendo la singularidad cultural de cada comunidad específica; sin embargo, como los límites humanos influyen en sus alcances culturales, podemos distinguir parentescos estructurales básicos que nos permiten identificar ámbitos de acción suficientemente concretos como para constituir un campo de estudio

² Cf. Jon M. Erlandson, “The Archaeology of Aquatic Adaptations: Paradigms for a New Millennium”, *Journal of Archaeological Research*, Springer, v. 9, n. 4, diciembre de 2001, p. 287-350; cf. Olof Hasslöf, “The Concept of Living Tradition”, *Ships and Shipyards, Sailors and Fishermen. Introduction to maritime Archaeology*, Copenhagen, The Scandinavian Maritime History Working Group/Copenhagen University Press, 1972; *La maritimé aujourd’hui*, Françoise Peron y Jean Rieuciau (dirs.), París, L’Hamattan, 1996; Aliette Geistdoerfer, “L’anthropologie maritime: un domaine en évolution: hors cadre traditionnel de l’anthropologie sociale (Maritime anthropology: a dominion in evolution: a traditional non-category in social anthropology)”, *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, n. 29, 2007, p. 23-38; y “Apprendre tous les jours pour entrer dans la 4e dimension. Devenir marin pêcheur”, *La Revue Maritime*, n. 493, París, 2012, p. 44-51.

por sí mismos. En términos llanos, la interacción de los seres humanos con el mar produce una cultura marítima que, aunque dista mucho de ser simple y superficial, es susceptible de análisis.

Por su parte, la línea de costa es aquella en que se involucra el ámbito marítimo con el terrestre. Emergen de dicha interacción, tanto local como global, los numerosos ecosistemas de litoral, mismos que se cuentan entre los más biodiversos y dinámicos. La relación de los seres humanos con estas zonas de transición o ecotonos es tan antigua como su propia existencia, pero la problemática histórica inherente a su estudio no ha sido abordada de manera sistemática sino hasta muy recientemente por la arqueología marítima.³

Ámbitos y enfoques

Ningún campo de estudios puede abordarse en bloque si se espera profundizar convenientemente en la comprensión de sus elementos y procesos. Así, aunque el mar es inconsútil, se hace necesario estudiar de manera puntual, pero no aislada, cada uno de sus componentes, sin perder de vista su interconexión y las formas en que se articulan unos con otros.

Más allá del importante análisis de *recursos marinos* que se ha venido realizando en arqueología, como el que se refiere a los vestigios malacológicos,⁴ por ejemplo, cabe considerar algunos otros aspectos que enriquecerían en buena medida la discusión y, en consecuencia, nuestra comprensión de la relación entre las sociedades pretéritas y el entorno marítimo y acuático en general lo que, en

³ Cf. Hasslöf, “The Concept of Living Tradition...”; Geistdoerfer, “Lanthropologie maritime...”; Emmanuelle Charpentier, *Le peuple du rivage. Le littoral nord de la Bretagne au XVIIIe siècle*, Rennes y París, PUR, 2013; José Pascual Fernández, *Antropología marítima: Historia, ecología, organización social y cambio económico entre los pescadores*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, 1987.

⁴ Cf. Lourdes Suárez Diez, *Tipología de los objetos prehispánicos de concha*, México, Porrúa/Conaculta/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002; *Conchas, caracoles y crónicas. El material conquiológico [sic] en las fuentes escritas de los siglos XVI y XVII en la cultura mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004 (Serie Arqueología, Colección científica, 466); y *Conchas y caracoles: ese universo maravilloso*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007.



rigor, incluiría también los humedales. La mayoría de estos temas, han sido materia de interés para otras áreas de investigación social antes que para la arqueología, razón por la cual se retoman aportes de la geografía, la antropología, la sociología y la historia para una mejor comprensión del fenómeno marítimo.

Los estudios haliéuticos

Comprenden todo lo relativo a la práctica de la pesca, del marisqueo y de la acuicultura, tanto de peces —incluidos rayas y tiburones— y mamíferos marinos —desde ballenas hasta nutrias— como de crustáceos —langostas, camarones, cangrejos—, moluscos —almejas, ostras, calamares, pulpos, caracoles— y otros invertebrados acuáticos —esponjas, medusas, corales, estrellas, erizos de mar, etcétera.

Hasta ahora, ninguna de las especies marinas aprovechadas por el hombre para su subsistencia ha sido domesticada en el sentido científico del término. Este mero hecho, sitúa la cultura marítima en un rango de análisis distinto al de otras actividades económicas de tierra firme como la agricultura y la ganadería, por ejemplo, ya que coloca a la sociedad en una fuerte dependencia con respecto a los ecosistemas y procesos de donde obtiene sus recursos. En términos económicos, se ha llamado a este tipo de sociedades como “cazadores recolectores acuáticos”.⁵

En buena medida, lo anterior se deriva del escaso, por no decir nulo, control que los seres humanos tienen sobre el mar al ser éste una presencia natural que lo rebasa en todas sus dimensiones. Sin embargo, no es ésta una dependencia pasiva. Amén de su paradójica invisibilidad, la evidente diversidad y abundancia de recursos que ostenta el mar, desde los más elementales, como la sal, hasta los suntuarios, como las perlas, ha constituido un poderoso atractivo y un fuerte aliciente para desarrollar estrategias de explotación de dicha riqueza. Pero, dado que no ha sido posible ejercer control alguno

⁵ Cf. Kenneth M. Ames, “Going by Boat: The Forager-Collector Continuum at Sea”, en *Beyond Foraging and Collecting: Evolutionary Change in Hunter-Gatherer Settlement Systems*, B. Fitzhugh y J. Habu (eds.), Nueva York, Academic/Plenum Publishers, 2002, p. 19-52.

sobre el medio marino se ha hecho imperiosa la necesidad de “inmiscuirse” en él, aunque sólo se ha logrado hacerlo someramente. En efecto, los recursos del mar no son reproducibles en tierra, lo que obliga a regresar o mantenerse cerca de la fuente. Además, la dimensión de profundidad del mar supera con mucho su contraparte terrestre, la altitud, especialmente en cuanto a recursos se refiere.

Dejando de lado los superlativos, lo cierto es que el mar obliga, compele y persuade, al mismo tiempo, a los seres humanos a construir estrategias adaptativas singulares y, sobre todo, oportunas (tecnotopos), y a desarrollar estructuras sociales pertinentes.⁶

Los estudios sobre la sal (salicultura o halocultura)

La plétora salífera de México es indiscutible. Nuestro país ha ocupado siempre un lugar destacado a nivel mundial en la explotación de este recurso. Por su geografía, que incluye más de 11 000 km de costa, la sal marina es la que goza de mayor presencia y distribución, y el método de extracción más utilizado ha sido el de evaporación solar.⁷

Otras fuentes de obtención pueden encontrarse en regiones lacustres y manantiales, como Laguna del Jaco, en Chihuahua; Laguna del Rey, en Coahuila; y Laguna de Santa María, en San Luis Potosí, por mencionar sólo algunas. Además, se cuenta con salares subterráneos en algunas regiones de Veracruz y Nuevo León. Por las fuentes históricas sabemos que yacimientos de este tipo eran aprovechados por las sociedades de siglos pasados, aunque claramente en menor medida que las salinas costeras.⁸

⁶ Cf. Stéphane Bouju, “Anthropologie et halieutique; réflexion sur l’élaboration d’une typologie et sur l’intérêt de l’utilisation de la notion de technotope”, en *Questions sur la dynamique de l’exploitation halieutique*, Laloë Francis y Rey Hélène (eds.), París, ORSTOM, 1995, p. 245-262; Juan Antonio Rubio-Ardanaz, “Diseño y paisaje de la cultura pescadora: etnografía y epistemología de la antropología marítima”, *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, n. 29, 2007, p. 39-52.

⁷ Cf. Ursula Ewald, *The Mexican Salt Industry, 1560-1980. A Study in Change*, Stuttgart y Nueva York, Gustav Fisher Verlag, 1985.

⁸ Cf. Miguel Othón de Mendizábal, “Influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas”, en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. 2, p. 185-340.

Históricamente la mayor parte de la producción salinífera mexicana proviene del Mar de Cortés, en especial de Baja California Sur, superando en ocasiones el 80% del total. De nuevo, se deja ver la influencia de las condiciones geográficas pues sumada a la bien conocida abundancia del recurso en la región, la incidencia del clima desértico y la exposición intensa y prolongada a la radiación solar contribuyen enormemente al aprovechamiento del mismo.

La sal, como el agua, ha sido utilizada universalmente por todas las culturas a lo largo de la historia humana. La atención que ha recibido este tema en foros arqueológicos internacionales, empero, es muy reciente, quince o veinte años a lo sumo, y numerosos investigadores han coincidido en destacar la importancia de este “pasado invisible”. En cambio, más atención ha recibido la sal en foros de conservación por ser uno de los factores destructivos del patrimonio más universales.⁹

Desde ser la única roca comestible hasta facilitar la conservación peleterera, desde su uso para salar un pescado hasta ser ofrendada ritualmente, la sal es uno de esos elementos indispensables para la vida humana cuya presencia, de tan ubicua, perdemos de vista pero cuya ausencia puede resultar fatal. Raíz etimológica de numerosas palabras de uso cotidiano, como ensalada, salario, salmuera, salsa, salchicha, salami, etcétera; origen de incontables topónimos (halotopónimos), como Iztapan, Iztacalco, Salzburgo, Salamina, etcétera; componente fundamental del campo de las supersticiones y religiones; metáfora recurrente del comportamiento humano e ingrediente indiscutible de la salud y de la investigación científica, la importancia de la sal rebasa con mucho la esfera meramente utilitaria de su ineludible ingestión, por lo cual cabría desarrollar su estudio de múltiples maneras.

⁹ Cf. Othón de Mendizábal, “Influencia de la sal...”, p. 185-340; *Le rôle du sel dans l'histoire*, Michel Mollat (dir.), París, Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Paris-Sorbonne, Presses Universitaires de France, 1968 (Serie Recherches), t. 37; Juan Carlos Reyes Garza, *La sal en México*, 2 t., México, Universidad de Colima/Conaculta, 1998; Blas Román Castellón Huerta, *Cuando la sal era una joya. Antropología, arqueología y tecnología de la sal durante el posclásico en Zapotitlán Salinas, Puebla*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016.

En arqueología, el interés por la sal podría comenzar a profundizarse atendiendo a algunos tópicos básicos. Cabe aclarar que, aunque pocos, existen estudios importantes relativos al tema y deben tomarse en cuenta para cualquier investigación pues atienden a uno u otro de los aspectos que aquí se consideran.

En primer lugar, por supuesto, destaca la relevancia indiscutible de la sal en la esfera económica de cualquier sociedad. El estudio de sus usos y aplicaciones, ya sea como alimento, conservante, medicina, etcétera, reviste un alto nivel de importancia pues permitiría una mejor comprensión de su rol como producto esencial e insustituible.

En segundo lugar, el análisis del proceso de extracción puede aportar información no sólo de los aspectos técnicos implicados sino de la organización social relacionada: especialización, participación familiar y de género, jerarquización, etcétera. La identificación de las eras y de los instrumentos asociados tanto en la producción como en los lugares y formas de almacenamiento serán aspectos de suma relevancia para la comprensión de este proceso y de sus implicaciones sociales.

En tercer lugar, el alcance y la naturaleza de las redes de intercambio así como la importancia de la sal en relación con los demás elementos permutados. Mientras más indispensable sea un recurso, mayor importancia revestirán las vías de su obtención, lo que puede impactar en las relaciones entre los grupos involucrados. La sal no caduca, pero su consumo colectivo es necesario y permanente, lo que la diferencia de otros recursos como los cárnicos, las frutas y las verduras, en el primer caso, o los productos suntuarios, en el segundo.¹⁰

En cuarto lugar, aunque no por ello menos importante, cabe atender los aspectos inmateriales que involucran a la sal. Su importancia

¹⁰ Cf. Juan Carlos Reyes Garza, “La sal en los códices pictográficos”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, v. 31, 1992, p. 197-213; y *Sal. El oro blanco de Colima*, Colima, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2004; Haydée Clotilde Quiróz Malca, “Las mujeres y los hombres de la sal”, *Un proceso de producción y reproducción cultural en la costa chica de Guerrero*, tesis de doctorado, México, Universidad Iberoamericana, Facultad de Antropología, 1998; *Las Salinas y la sal de interior en la historia: Economía, medio ambiente y sociedad*, 2 t. Nuria Morère Molinero (ed.), Madrid, Universidad Rey Juan Carlos/Dykinson, 2007; “Sal y Salinas: Un gusto ancestral”, Blas Román Castellón Huerta (coord.), *Diario de campo*, suplemento n. 51, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.



para las necesidades prácticas de la vida no puede dejar de impactar en el imaginario social, y lo hace desde la simbología y la metáfora —la sal de la vida, la mujer de Lot— hasta la superstición y la ritualidad religiosa —halomancia, derramar sal, protección, ofrendas votivas o funerarias, etcétera—. El estudio de su representación gráfica, tan importante para su identificación documental apenas está en ciernes.

Seamos adeptos o no de Huixtocihuatl, Guan Yu o Dhanwantari, lo cierto es que no podemos seguir obviando la importancia de este recurso ni permitir que continúe relegándose en las investigaciones de índole social sean éstas arqueológicas, históricas o sociológicas.

Los estudios sobre concheros, conchales o shell middens

La presencia permanente de grupos humanos en cualquier sitio suele dejar huellas que se derivan necesariamente de las actividades realizadas en el lugar en cuestión, de su práctica repetida. En este sentido, las comunidades vinculadas con los ámbitos marítimos no son diferentes. Los montículos artificiales compuestos por conchas de moluscos y, en menor medida, de otro tipo de restos como cerámica, lítica o hueso son el producto más notorio y elocuente de la existencia de poblaciones ligadas a la explotación de recursos litorales. Pero, más importante aún, nos hablan de una adaptación prolongada, permanente y profunda de tales grupos humanos a los ámbitos costeros, entre los que se cuentan algunos de los más ricos y biodiversos.

Ha sido moneda corriente considerar estos vestigios como meros montones de desechos producidos por grupos de tierra adentro que acceden a la costa, de vez en cuando, para obtener algunos recursos que les son necesarios. Esta visión, por supuesto, no deja espacio alguno para la existencia de sociedades sustancialmente marítimas ni para la complejidad de sus actividades. Se hace necesario, pues, un cambio de enfoque que involucre preguntas referentes a su composición, aspectos dietéticos, técnicas de procesamiento —crudo, hervido, desecado, salado, etcétera—, estacionalidad, usos —alimentario, doméstico, ceremonial, entre otros.

Si continuamos considerando a las culturas costeras como periféricas, nunca pasarán de ser meros ornamentos culturales de la historia hegemónica. Cada comunidad es protagonista de su propia historia y, en este sentido, debemos estudiarlas en su contexto, dentro de sus propios límites y alcances. Por supuesto, no se trata de resucitar el relativismo cultural sino de reconocer y, por qué no, *descubrir* una geografía cultural sin la cual toda reconstrucción histórica se queda renca.

La mayoría de los estudios sobre conchales se ha centrado en el mero registro de su existencia; algunos más han procurado la identificación de las especies que los conforman; otros han realizado excavaciones para indagar la estratigrafía asociada; los menos han efectuado estudios sobre sistemas constructivos, patrón de asentamientos y arqueología del paisaje. Huelga decir, que son estos últimos los que han reconocido un mayor protagonismo de los grupos costeros en la conformación cultural de sus ámbitos locales y regionales.¹¹

Los estudios sobre concheros están, sin lugar a dudas, estrechamente ligados a los haliéuticos y a los de la sal, pues las áreas de recursos y los asentamientos de quienes las explotaban solían, y suelen encontrarse en una situación de vecindad práctica. Otro tipo de sitios que guardarían relación cercana con los anteriores serían, poca duda cabe, los lugares costeros con gráfica rupestre.

Pero, en afán de mantener el orden y la claridad de la exposición es necesario distinguir los diferentes aspectos que involucra el estudio de yacimientos. En primer lugar, por supuesto, está su registro; sin embargo, éste debe trascender la mera consideración de presencia/ausencia y desarrollar análisis más extensos y sistemáticos en torno a su distribución, cronología y relación con otros sitios.

¹¹ Cf. Alfonso Grave Tirado, “El Calón, un espacio sagrado en las marismas del sur de Sinaloa”, *Estudios Mesoamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, nueva época, n. 8, 2010, p. 19-39; Informe de la segunda temporada del Proyecto Arqueológico Marismas del Sur de Sinaloa (PAMSS), Sinaloa, Centro Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2012, disponible en: <https://inah.academia.edu/LuisAlfonsoGraveTirado>; “Siempre mirando hacia el mar. Arqueología de la ciudad de Mazatlán”, en *De Las Labradas a Mazatlán. Historia y arqueología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2014, p. 145-165; “La pesca y las salinas en las marismas del sur de Sinaloa. Arqueología y etnohistoria”, en *ibidem*, p. 217-237.

Asimismo, los llamados “accidentes” geográficos y los nichos ecológicos, como bahías, playas, peñones, esteros, deltas, etcétera serán fundamentales para este tipo de análisis.

En segundo lugar debe procurarse, en la medida de lo posible, su caracterización cultural. Por increíble que parezca, la mayoría de las descripciones de concheros omiten este rasgo, lo que empobrece enormemente su estudio y dificulta su cambio de estatus como objeto de investigación. Ciertamente es que no resulta una tarea fácil en la mayoría de las ocasiones, pero puede echarse mano de numerosos elementos para situarlos en alguna escala de relación con otras culturas ya identificadas y no como lugares sin identidad; además, se hace rutinariamente con todo tipo de sitios de tierra adentro.

En tercer lugar, se requiere profundizar más en la identificación de las actividades relacionadas con los mismos. Uso y función de los concheros es una temática obligada. Desde contextos domésticos hasta industriales y ceremoniales, los concheros trascienden la mera acumulación de desperdicios, sin excluir esta hipótesis en algunos casos, por supuesto.

En cuarto lugar, la arqueología del paisaje debe considerar el papel que tuvieron algunos de estos sitios en la conceptualización de los espacios regionales, como puntos de observación y, a la vez, como puntos de fuga dentro de la cosmovisión, es decir, además de sus funciones intrínsecas, servían para ver y para ser vistos.

Estudios sobre la navegación

De todos los temas tratados en este ensayo, quizá sea el de la navegación prehispánica —sea esta marítima, costera, riparia, lacustre o insular— el que ha recibido la atención más dispersa y esporádica en nuestro país, aunque podría tenerse la impresión de lo contrario.

Por un lado, desde hace casi medio siglo, se ha venido prestando una atención creciente, aunque todavía moderada, al patrimonio sumergido, lo que en la práctica se traduce en proyectos para el estudio de embarcaciones hundidas. La mayoría de estos proyectos, empero, se ha centrado en embarcaciones históricas y, en buena medida, extranjeras. Y, ciertamente, este tipo de estudios es necesario para una mejor comprensión de nuestra historia.

Por otro lado, en cambio, la investigación en torno a la náutica prehispánica es escasa y variopinta, salvo notables excepciones; incluso ha llegado a ponerse en duda su existencia a pesar de la abundancia de testimonios de muy diversa índole al respecto. No obstante, los pocos estudios existentes han conseguido identificar una temática sólida y se trabaja en la delimitación de una problemática pertinente.

Se ha partido, obviamente, de la abundancia de referencias bibliográficas en torno a la existencia de navíos de muy variadas características, desde los individuales hasta los que podían albergar decenas de remeros, y desde los monóxilos a las plataformas tipo balsa y embarcaciones más complejas como los *tomol* californianos. Ya en las primeras notas colombinas y hasta las modernas etnografías, la existencia de embarcaciones de muy diverso carácter y para numerosos usos y contextos ha sido bien documentada mediante descripciones e imágenes, por no hablar de los testimonios gráficos prehispánicos en códices, lienzos, murales y manifestaciones rupestres; pero, más allá de las enumeraciones existentes, se requiere ampliar el estudio sistemático sobre el tema.

Tal diversidad naval se relaciona de manera íntima con los límites y alcances de la navegación misma. No hay que perder de vista, que las embarcaciones tienen usos específicos y es atendiendo a ellos que se construyen de una forma en particular.¹² El diseño de una embarcación determinará si es adecuada para la navegación de altura, por ejemplo, o si se aviene más a la costera, riparia o lacustre.¹³

Uno de los aspectos que han recibido mayor atención, y que se relaciona directamente con los mencionados arriba, es el posible uso de la vela en las embarcaciones prehispánicas, posibilidad que cuenta

¹² Cf. Matthew R. Des Lauriers, “The Watercraft of Isla Cedros, Baja California: Variability and Capabilities of Indigenous Seafaring Technology along the Pacific Coast of North America”, *American Antiquity*, Society for American Archaeology, v. 70, n. 2, abril de 2005, p. 342-360.

¹³ En inglés, *seaworthiness* es el término utilizado tanto para el buen estado de un bote para navegar como para las condiciones del medio marítimo que permiten la navegación. En español, el término *navegabilidad* sería la traducción más adecuada, aunque se considera que la primera acepción mencionada se encuentra en desuso. No obstante, aquí aplicaremos el término en sus dos acepciones, tanto para el bote como para las aguas por donde navega.



con defensores tanto como con detractores. Pero ya fuera a toda vela o a golpe de remo, lo cierto es que la navegación conoció un amplio desarrollo en la época prehispánica.

Y esta adecuación a las exigencias del medio se relaciona también con los usos del vehículo. Guerra, comercio y transporte son quizá las actividades más visibles y frecuentes, pero no olvidemos los usos funerarios, recreativos e, incluso, habitacionales que llegan a tener las embarcaciones. La gama de funciones asociada parece haber sido bastante amplia en las épocas prehispánica e histórica y exige una investigación que trascienda lo anecdótico y que permita relacionar las actividades náuticas con los demás aspectos de la cultura.

No menos importante resulta, además, el estudio del conocimiento necesario para la práctica de la navegación. Conocimiento que implica, por un lado, la familiaridad con la geografía costera —como playas, bahías, zonas de bajos, distancias— y los procesos marinos —corrientes, profundidades, áreas de explotación de recursos, zonas de riesgo—; de hecho, el mismo Hernán Cortés anota el uso de algún tipo de cartas náuticas entre los mayas. Por otro lado, implica tanto el aprendizaje de la destreza necesaria para maniobrar tanto las embarcaciones de acuerdo a su naturaleza, contexto y objetivos, como los aperos propios del oficio; proceso, este último, que está apenas documentado en la antropología marítima y que sería útil considerar en las investigaciones arqueológicas.¹⁴

Asimismo, falta dilucidar la verdadera dimensión e impacto de la navegación en los contextos regionales, en las redes de intercambio, en la interacción política externa, y en la conformación de la estructura social interna de las comunidades implicadas. Una investigación sobre los sistemas portuarios prehispánicos arrojaría mucha luz a este respecto. Igualmente, indagaciones en torno a los roles etarios, sexuales y jerárquicos, pero también sobre especialización, procesos de aprendizaje, vocabulario y parafernalia asociados serían de enorme utilidad para entender lo que se ha propuesto llamar

¹⁴ Cf. Lorenzo Ochoa, “La rueda y la vela en Mesoamérica”, *Ciencias*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias, México, n. 33, enero-marzo de 1994, p. 410.

“cultura náutica”.¹⁵ Huelga decir, que la investigación tocante a la navegación transpacífica sigue esperando su turno.

Finalmente, existen una idiosincrasia y una ritualidad inherentes al mundo náutico: a sus vehículos, a su mitología, a las relaciones sociales que suscita su práctica, a la carga simbólica de su quehacer y de sus productos derivados, a su fauna y flora asociadas y a su geografía invisible. De la balsa de Caronte al *Nautilus* del capitán Nemo, las naves han sido protagonistas en el imaginario social, lo que no es de extrañar dada su importancia en la vida práctica. Por algo decía Platón que hay tres clases de hombres: los vivos, los muertos y los marinos.¹⁶

El papel de los grupos costeros en las redes de intercambio

La dimensión social del quehacer marítimo trasciende con mucho el nivel local, ya que los recursos litorales y marinos suelen ser necesarios y considerarse deseables en regiones más o menos alejadas de las costas. En este sentido, cobra especial relevancia el estudio de la participación de las comunidades costeras en la circulación de dichos satisfactores.

Así fuera entre grupos costeros a lo largo del litoral o entre éstos y otros grupos de tierra adentro, el nivel de injerencia que pueda tener una comunidad sobre una zona de recursos y sobre la distribución de los mismos una vez obtenidos impacta de maneras diversas en múltiples aspectos de su cultura. Ya sea para autoconsumo o para intercambio, la explotación de un recurso conlleva cierto grado de organización y conocimiento que garantice suficientemente su aprovechamiento. A mayor cantidad de recurso obtenido y mayor alcance en su distribución, las necesidades logísticas y organizativas crecen y se complejizan.

¹⁵ O “watercraft culture”. Cf. Des Lauriers, “The Watercraft of Isla Cedros...”.

¹⁶ Cf. Thijs J. Maarleveld, “Type or Technique. Some Thoughts on Boat and Ship Finds as Indicative of Cultural Traditions”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, The Nautical Archaeology Society, v. 24, n. 1, 1995, p. 3-7; Jorge Manuel Herrera Tovar, *The Reflexive Navigator. Theory and Directions in Maritime Archaeology*, tesis de doctorado, University of Southampton, Centre for Maritime Archaeology, School of Humanities, Faculty of Law, Arts and Social Sciences, 2008; Basil Greenhill, *Archaeology of the Boat*, Londres, Adam and Charles Black, 1976.



Por un lado, están los recursos y productos en sí, tanto los que salen como los que llegan, y el grado de transformación que tienen cuando son intercambiados: materia prima, productos en proceso de manufactura, productos terminados, etcétera. Por otro lado, está la organización social que permite tanto la explotación y transformación del recurso como su intercambio y redistribución. En México, es el material conquliológico el que ha recibido mayor atención a este respecto.

Finalmente, están las formas de avenencia y las rutas de circulación. Puede ser por intercambio libre o por tributación, a nivel personal o mediante grupos especializados, en temporadas específicas o en cualquier época, a través de rutas establecidas o por vías alternas, a corta, mediana o larga distancia, entre dos o un número mayor de participantes; lo cierto es que los recursos marinos han alcanzado todas las regiones de la tierra firme. Los procesos que lo han hecho posible se originan necesariamente en las comunidades costeras; la naturaleza y el alcance de su participación pueden darnos la pauta para comprender mejor sus dimensiones culturales.

Las islas y cuerpos insulares, nesología o islandology

Las islas son metáforas que revelan al mundo.¹⁷ Si los temas costeros comienzan a destacar en el panorama arqueológico mexicano, la situación de la problemática insular le va a la zaga. Las islas destacan más por su peso simbólico que por su papel como lugares con existencia histórica y presencia geográfica. Tenochtitlán, por ejemplo, es la isla que soporta el imaginario nacionalista mexicano, pero poco se ha escrito acerca de las repercusiones que su condición insular tuvo para el rol histórico y social, no digamos ideológico, que jugó durante el periodo posclásico prehispánico.

En el occidente mexicano, la isla de Mexcaltitán ha sido propuesta como la posible ubicación del Aztlán mítico, pero faltan los estudios sobre el papel real que tuvo en el desarrollo de las culturas del noroeste nayarita. Cerca, las Islas Marías han quedado fuera de los proyectos de investigación, a pesar de tenerse noticia de que posiblemente estaban habitadas en época prehispánica. Las islas de

¹⁷ Cf. Joel Bonnemaïson, *La Dernière Île*, París, Arléa/Orstom, 1986.

los lagos del occidente mexicano, por lo demás, carecen también de investigaciones a profundidad.

En el sureste mexicano, la isla de Jaina es famosa por sus figurillas de cerámica y contextos funerarios, pero apenas está comenzando a indagarse su interacción con otras islas, como Isla Piedras, y el litoral de la península yucateca en lo que podría ser una región políticamente diferenciada. Otras como Isla de Sacrificios e Isla Mujeres han recibido más atención, pero su carácter insular no se ha dimensionado convenientemente.

El caso más patente, si cabe, de la desatención mencionada es, quizá, el de las islas del Golfo de California pues, casi por ausencia, parecen ser coto exclusivo de las ciencias naturales. Muy pocos, aunque importantes, han sido los proyectos arqueológicos que tocan alguna de estas ínsulas, como los que involucran a la Isla San Esteban, la isla Tiburón, la Isla Cedros o la isla Espíritu Santo; pero falta investigar la relevancia que este archipiélago tuvo para todas las comunidades costeras, y probablemente insulares, del Mar de Cortés.

En México, las islas se encuentran a lo largo de todo el país. Actualmente se han registrado alrededor de 1 365 cuerpos insulares repartidos en toda la costa mexicana, con una superficie en suma de 5 127 km², equivalente al 0.3% del total del territorio nacional. No obstante, la forma en que las islas están distribuidas es responsable de que México tenga 3.1 millones de km² de Zona Económica Exclusiva (ZEE), una superficie mayor al territorio nacional continental mismo que comprende 1.96 millones de km². La zona del Pacífico tiene el mayor número de islas registradas, principalmente la zona noroeste, con 584; le sigue el golfo de México, con 446; la zona del Pacífico tropical, con 98 y, finalmente, el mar Caribe, con 90. De todas ellas, actualmente están habitadas 144.¹⁸

La problemática de la insularidad geográfica de ciertas regiones y su relevancia cultural e histórica ha sido ya enunciada en otras disciplinas. En la arqueología, se ha desarrollado moderada-

¹⁸ Cf. *Islas de México, Un recurso estratégico*, A. Aguirre Muñoz, J. E. Bezaury Creel, H. de la Cueva, I. J. March Mifsut, E. Peters Recagno, S. Rojas González de Castilla y K. Santos del Prado Gasca (comps.), México, Instituto Nacional de Ecología/The Nature Conservancy/Grupo de Ecología y Conservación de Islas, A.C./ Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada, 2010.

mente,¹⁹ aunque en México brilla por su ausencia. Por tal motivo, retomaremos aquí, en principio, algunas propuestas que desde la geografía y la arqueología se han hecho con respecto a este asunto.²⁰

Son numerosos los aspectos a tomar en cuenta en la problemática de la insularidad para acometer su estudio. En primer lugar, la consideración de la finitud de las islas derivada de su concepción como lugares incomunicados y cerrados. Dicha condición sólo es posible si asumimos el mar como una barrera sin tomar en cuenta aspectos tales como las capacidades y necesidades de las comunidades involucradas y, sobre todo, su autopercepción, su identidad. Especial relevancia cobra aquí el concepto de *islandscape*²¹ que incorpora tanto el espacio físico de las islas como las condiciones que permiten definir un hábitat significativo a quienes viven en ellas. En este caso, la isla *es* el tesoro.

Un segundo aspecto, el papel de las islas como puentes o zonas francas entre entidades políticas distintas, amén del rol que han jugado a través de la historia como eslabones en las avanzadas de colonización y como lugares estratégicos. También hay que tomar en cuenta los nuevos enfoques geopolíticos que se han suscitado en tiempos recientes con la emergencia de nuevas entidades políticas derivadas de la descolonización, lo cual conlleva una revaloración del papel de las islas y su importancia económica. En especial destacamos aquí las consideraciones en torno a la Zona Económica

¹⁹ Cf. *Voyages of Discovery: The Archaeology of Islands*, S. Fitzpatrick (ed.), Westport, Praeger, 2004; Paul Rainbird, *The Archaeology of islands*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007; Mark Patton, *Islands in Time. Island Sociogeography and Mediterranean Prehistory*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003; *World Islands in Prehistory: International Insular Investigations*, W. Waldren y J. Ensenyat (eds.), s. l., British Archaeological Reports, 2002 (BAR International Series, 1095).

²⁰ Cf. Marc Shell, *Islandology: Geography, Rhetoric, Politics*, California, Stanford University Press, 2014; Phillipe Pelletier, "Préface: L'île, un bon objet géographique", *Les dynamiques contemporaines des petits espaces insulaires: De l'île-relais aux réseaux insulaires*, París, Karthala, 2005; Elaine Stratford, "The Idea of the Archipelago: Contemplating Island Relations", *Island Studies Journal*, Institute of Island Studies/ University of Prince Edward Island, Canadá, v. 8, n. 1, 2013, p. 3-8; A. Bernard Knapp, *Prehistoric and Protohistoric Cyprus. Identity, Insularity, and Connectivity*, Nueva York, Oxford University Press, 2008.

²¹ Cf. Alistair J. Bright, *Blood is Thicker Than Water: Amerindian Intra- and Inter-insular Relationships and Social Organization in the Pre-colonial Windward Islands*, Leiden, Sidestone Press, 2011.

Exclusiva, derivada de la Ley del Mar emitida por la Organización de las Naciones Unidas, y la acuñación del concepto de *merritoire* por parte de la geografía francesa que, en un principio, sirvió para denominar el nuevo alcance de la influencia territorial de un país.

Otro aspecto a tomar en cuenta es el de si las islas forman parte de otra entidad política o son una por sí mismas y, en este caso, si está formada por uno o más cuerpos. Las islas pueden incrementar el potencial económico y estratégico de una nación mucho más allá de sus alcances territoriales posicionándolas con mayor o menor ventaja con respecto a sus pares.

No hay que olvidar, además, la *escala humana* de las islas, aspecto que, aunque subjetivo, ubica a las mismas como lugares de interés para los “continentales”. La singularidad de las islas, a diferencia de una playa o una montaña, tiene mucho que ver con su simbolismo y es destacada por sus propios habitantes. Un aspecto más, ligado con la dimensión humana y la finitud mencionadas, son los conflictos que genera la interacción entre propios y extraños en el espacio insular.

Además, está el asunto de la accesibilidad de las islas, los medios de comunicación con ellas, y su posición de “lejanía”, “vulnerabilidad” y/o “dependencia” con respecto a otras entidades políticas tanto insulares como continentales. En este sentido resulta de gran relevancia el tema y la condición de *intervisibilidad* entre las islas y la masa continental. Cabe precisar, que insularidad no es sinónimo de aislamiento.

Finalmente, el estudio de las islas ha dado pie a una revisión de lo que algunos autores han llamado “el mito de los continentes”, es decir, la reconsideración de nuestra metageografía y de la manera como articulamos nuestro conocimiento geográfico del mundo. Baste recordar, que la civilización occidental contemporánea se ha forjado en el mar, en las islas y en los litorales.

Maritorio y maritimidad

Todo lo anterior se articula y participa de manera dinámica en una percepción particular del mundo que, como tal, se origina en la vida cotidiana a la vez que la sanciona. Esta *dimensión de mar* —digámoslo así— ha ido estructurándose de manera compleja, a través del



tiempo, en una urdimbre cargada de significación que da sentido a los procesos sociales. Los referentes materiales e inmateriales necesarios para la inteligencia de tal significado actúan como detonadores mnemotécnicos de la carga simbólica inmanente en la estructura, a la vez que funcionan como vértices que garantizan la continuidad entre sus múltiples niveles.

La percepción espacial del entorno es compleja. La construcción del paisaje se nutre de lo que se ve, de lo que se sabe, de lo que se anda, de lo que se apropia, de lo que se conoce y de lo que se intuye. A su vez, provee sustento, pertenencia, relación, historia, significado e identidad. En el tema que nos ocupa, todo esto se desarrolla, en buena medida, a partir de la interacción con el mar; en consecuencia, éste funciona como generador y bastión de una parte importante de la cosmovisión, por lo que resulta natural su adjudicación en la medida de lo posible. A dicho reconocimiento colectivo del espacio marino como propio socialmente le llamamos *maritorio*,²² y lo definimos como aquella extensión de mar que es reconocida y aceptada como perteneciente a una sociedad y que constituye, en las culturas marítimas, uno de sus ejes fundamentales y meridianos de desarrollo económico y cohesión social.

La *maritimidad*, en cambio, se concibe como una esfera de interacción, como un conjunto dinámico de formas de relación que se establecen entre los seres humanos y los ámbitos marítimos, a partir de las cuales se construye el sentido social de “lo marítimo” como una certeza identitaria y se gestiona socialmente el patrimonio de dichos espacios. Incluye la innumerable variedad de formas de *capturar el mar* destacando aquellas que gozan de mayor ascendiente social en el imaginario, la dimensión simbólica y las representaciones colectivas.

En este sentido, la *maritimidad* tendría, en principio, dos dimensiones: la primera, de orden subjetivo en tanto correspondiente con los aspectos inmateriales de la cultura, construcciones mentales que implicarían saberes y valoraciones diacrónicas y sincrónicas de natu-

²² Cf. Camille Parrain, *Territorialisation des espaces océaniques hauturiers. L'apport de la navigation à voile dans l'Océan Atlantique*, tesis de doctorado, Université de La Rochelle, 2010, disponible en: <https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-00713524>; y “La haute mer: un espace aux frontières de la recherche géographique”, *EchoGéo*, 2012, disponible en: <http://echogeo.revues.org/12929>.



raleza varia, la cosmovisión implícita en lo cotidiano pero también en lo infrecuente, sea esto último esporádico o periódico, extraordinario o recurrente; la segunda, de orden objetivo, incluiría aquellos elementos materiales de la cultura, como los objetos, los espacios, los lugares, las acciones y los sujetos mismos, los aspectos pragmáticos e instrumentales del quehacer vital.²³ Ambas dimensiones son correlativas e indisolubles pues concurren en el proceso de apropiación y en la construcción de pertenencia con respecto a los espacios marítimos.

Pero, a diferencia de lo que ocurre en otros ámbitos, la humanización del espacio marítimo conlleva la imposibilidad intrínseca de apropiarse por completo del mismo: el mar es inasible —como el aire y el sol— y, por tanto, resiste todo intento de gestión exclusiva. La enormidad del mar se intuye. Por más que se delimite, se parcelle, se explote, no pueden impedirse ni controlarse sus procesos ni obviarse sus cualidades: el oleaje, las corrientes, las mareas, su vastedad, su fuerza, su belleza, su profundidad. Es posible arrasarse bosques y montañas, perforar el subsuelo, desviar cursos de ríos e inundar desiertos, pero el mar todavía nos rebasa.

*Apuntes para un estudio de caso: el golfo de California
y el Desierto de Sonora*

*Esos hombres silenciosos que siempre están
en los muelles nos preguntaban
adónde íbamos, y cuando decíamos
“Al Golfo de California”, sus ojos brillaban
de deseo, porque hubieran querido ir también.*

John Steinbeck, *Por el Mar de Cortés*, 1952.

El Desierto de Sonora es el único desierto americano que alberga un mar interior; el más pequeño del planeta, *Ja' Tay Eñoom* —mar del oriente, en Kiliwa— y *Xepe Coosot* o *Xepe Heeque* —mar estrecho

²³ Cf. Hasslöf, “The Concept of Living Tradition...” y *La maritimé aujourd'hui...*, 1996; Geistdoerfer, “L'anthropologie maritime...”; Charpentier, *Le peuple du rivage...*; Pascual Fernández, *Antropología marítima...*; Rubio Ardanaz, “Diseño y paisaje de la cultura...”.

o mar angosto, en Seri, respectivamente—. El golfo de California²⁴ es el único mar que pertenece a un solo país siendo uno de los cinco ecosistemas marinos con mayor productividad y biodiversidad en el planeta, y una de las ocho ecorregiones marinas de México.

También conocido como mar de Cortés o Mar Bermejo es un cuerpo de agua de 160 000 km² de superficie que separa, al mismo tiempo que conecta, a los actuales estados mexicanos de Baja California, Baja California Sur, Sonora y Sinaloa. La península californiana es la segunda más larga del mundo, lo que contribuye a que este mar, no obstante ser el más pequeño del planeta, tenga 4 000 km de línea costera, una longitud 30% mayor que la de la frontera internacional entre México y Estados Unidos.

Producto de la actividad telúrica que separa la península de la masa continental, misma que algún día la convertirá en una isla, el golfo tiene una antigüedad superior a los cinco millones de años. La falla de San Andrés derivada de la interacción entre dos placas tectónicas, la Norteamericana y la del Pacífico es la responsable de que el fondo marino aquí sea uno de los más abruptos del orbe, sobrepasando el kilómetro de profundidad en promedio y alcanzando los 3.4 km en su punto más bajo. Lo anterior, por supuesto, tiene numerosas consecuencias, entre las que podemos destacar, hacia el norte del golfo, una de las zonas de mareas más importantes del planeta, con fluctuaciones que pueden sobrepasar los 7 m; por otro lado, la alta biodiversidad de sus aguas e islas, lo que inspiró al oceanógrafo Jacques Cousteau a bautizarlo como el *Acuario del Mundo* y las *Galápagos de Norteamérica*.

En efecto, otro de los rasgos característicos de este mar es su alto número de cuerpos insulares, más de 900 de acuerdo con los censos, de los cuales más de 200 son considerados propiamente islas, entre ellas la más grande del país: la isla Tiburón. Este archipiélago ha sido refugio milenario de incontables especies, sobre todo de aves, que aprovechan el aislamiento de estas tierras emergidas para su reproducción y supervivencia. El cuerpo de agua, por su cuenta, se subdivide en norte, centro y sur precisamente por la variabilidad

²⁴ Cf. T. Wilkinson, E. Wiken, J. Bezaury Creel, T. Hourigan, T. Agardy, H. Herrmann, L. Janishevski, C. Madden, L. Morgan y M. Padilla, *Ecorregiones marinas de América del Norte*, Montreal, Comisión para la Cooperación Ambiental, 2009.

ecológica que podemos encontrar en distintas latitudes, lo que conlleva el hecho de que a lo largo de la costa los recursos marinos aprovechables sean de muy diversa índole.

En resumen, si algo caracteriza al golfo de California es su compleja diversidad, aunque sea más apreciado por el turismo internacional por otro de sus rasgos, su extraordinaria belleza.

Sin embargo, la impactante presencia de este enorme cuerpo de agua ha sido inexplicablemente ignorada por los arqueólogos e historiadores especialistas en las culturas del desierto, lo que sorprende más aún cuando sabemos que las actividades marítimas de los grupos locales han sido documentadas a través de los contextos arqueológicos, las fuentes históricas y las etnografías durante, por lo menos, los últimos 300 años.

De hecho, los estudios académicos sobre el mar en México parecen ser coto exclusivo de las ciencias naturales ya que son escasos los que consideran el ámbito marino como tema de interés para alguna disciplina social. La arqueología sólo es un reflejo de este estado de cosas pues pocas veces nos detenemos a pensar en los grupos costeros como entidades sociales de interés por sí mismas y no sólo como proveedoras de recursos.

Una de las razones por la que esto ha sido así, más allá del mero antagonismo superficial entre desierto y agua, es el desarrollo propio de la arqueología en general y el de la arqueología específicamente en México y en el *southwest* estadounidense. La frontera internacional entre México y Estados Unidos ha limitado, incluso en la actualidad, el alcance de muchos proyectos norteamericanos, razón por la cual, las caracterizaciones de las culturas del suroeste norteamericano, entre las que se cuentan las del norte mexicano, han surgido de estudios realizados en estados como California, Arizona, Nuevo México, Colorado, Utah y Nevada, la mayoría de los cuales no tiene contacto directo con el mar, por lo tanto la presencia de elementos marinos en sus culturas arqueológicas ha sido considerada limitada y de carácter distante y periférico.

Por otro lado, la arqueología mexicana, centrada en el nacionalismo, ha favorecido las interpretaciones que ensalzan a las culturas del Altiplano Central, donde las condiciones son similares a las que hemos mencionado para el *southwest*. Siendo los arqueólogos



formados, por lo general, en escuelas oficialistas resulta difícil que puedan acceder a, o interesarse en, contextos que ni siquiera figuran en la agenda institucional.

Quizá otro factor, y no el menos importante, es que los arqueólogos, por lo general, no provienen de lugares ligados a la vida marina, por lo que no han sabido aquilatar la importancia o el carácter de este tipo de actividades y/o el que los sitios costeros no tienen que ser precisamente monumentales para revestir importancia.

Pero el mar está dentro del desierto: así lo testimonian los cientos de miles de conchas y caracoles que se encuentran en los sitios arqueológicos, los corales y las toneladas de sal que fluían por las redes de intercambio; los peces secos que nadaban, en estas mismas redes, de una población a otra; los dibujos en las piedras representando especies marinas... ¿Por qué no iba a estar también en la cosmovisión de los habitantes de la región?

Y sin embargo, seguimos considerando al mar como algo periférico, liminal, algo que termina en la playa, que se queda detrás de sus olas, una especie de despensa acuosa sin ningún impacto en el pensamiento de quienes interactuaban con él, o con *ella* dirían los pescadores y marinos para quienes *la mar* es una entidad femenina.

Dada la indiscutible importancia que el mar y sus recursos han tenido para las culturas del desierto sonoreense y del Golfo de California, la incorporación de un enfoque como el de la arqueología marítima resultaría de gran utilidad por varias razones.

En primer lugar, porque permitiría reconsiderar el papel que han desempeñado los grupos costeros e isleños en los procesos económicos, sociales y culturales que han tenido lugar en ambos lados del mar de Cortés. De grupos marginales, como se les ha considerado tradicionalmente, pasarían a ser dimensionados en su propio contexto, lo que permitiría comprender mejor su organización interna y el carácter de sus relaciones con otros grupos de la región.

En segundo lugar, obligaría a reevaluar el material arqueológico proveniente de la costa que se ha encontrado en sitios arqueológicos de tierra adentro como los de las culturas Trincheras, Hohokam, Casas Grandes, Mimbres, etcétera. El simple hecho de que cambie la naturaleza de los actores obligaría a replantear las características de las relaciones entre éstos.

Por otro lado, una arqueología del paisaje del desierto sonorense y de la península bajacaliforniana que no tome en cuenta la presencia del mar de Cortés se quedaría inevitablemente corta en sus interpretaciones dado que desde buena parte de los cerros de la región, especialmente desde algunos puntos estratégicamente ubicados, el mar es más que visible, *es patente*, y muy posiblemente serviría como referencia constante. Además, respaldaría el estudio de los medios de transporte tanto marinos como riparios.

Por último, la aplicación de la arqueología marítima permitiría situar dentro de un contexto teórico y jurídico más útil a los sitios arqueológicos costeros, especialmente los relacionados con manglares y aquellos llamados *concheros* que, precisamente por no considerarse importantes, carecen de protección y son presa fácil de las compañías constructoras y del saqueo indiscriminado.

De particular interés para todos los aspectos mencionados sería la aplicación de los conceptos de *maritorio*, *maritimidad* y *paisaje cultural marítimo*, dado que, en este caso, el mar se encuentra circundado por tierra y los grupos que vivían en sus orillas no sólo subsistían del mismo sino que, además, navegaban entre sus islas e interactuaban entre sí, razón por la cual debió ocupar un importante papel en sus cosmovisiones. La luz fosfórica del mar, por ejemplo, podría haber despertado la curiosidad de más de uno...

Considerar, además, la Costa Central de Sonora, territorio tradicional de los grupos Comcáac, como un inmenso maritorio, islas incluidas, limitado al este y al oeste por un largo y delgado borde terrestre cambia sin duda la perspectiva con la que abordaríamos el estudio de esta cultura.

Por otro lado, para los habitantes de la península de Baja California, cuya superficie es menor que la del mar que tiene al oriente y muchísimo más que la del que tiene al occidente, extensiones acuosas ambas que se divisan desde casi cualquier elevación de la serranía peninsular, para estos habitantes como kiliwas, cochimíes, guaycuras, pericúes, etcétera, el mar ha sido una entidad omnipresente, pero el enfoque arqueológico con el que se les ha estudiado no difiere mucho del que se aplica para regiones continentales que no tienen contacto con el mar.



De igual forma, al proponerse la costa del Pacífico como una de las rutas probables de poblamiento americano y habiéndose encontrado pruebas de la presencia humana en el desierto desde, por lo menos, el periodo Paleoindio, por no hablar de la fauna relacionada con los paleolagos del Cuaternario, el estudio de esta ruta costera desde el enfoque marítimo enriquecería notablemente los estudios de la prehistoria americana.

Y si todo lo anterior sucede con el mar, los retos se acrecientan y las posibilidades se multiplican al tratar de dilucidar la repercusión que los ríos pudieron tener como vías de comunicación que articulaban las relaciones entre los grupos del desierto y entre éstos y los de otras regiones. A menudo se han propuesto estos cauces como algunas de las rutas de intercambio de recursos marinos entre la costa y culturas alejadas de la misma pero, curiosamente, nunca se ha reconocido el papel que los grupos locales tuvieron que haber desempeñado en dichas rutas, como si se pensara que la ruta se encontraba deshabitada o, más bien, como si se evitara pensar que estaba poblada.

Algunos indicadores

Dirigiendo la mirada hacia los aspectos marítimos, vale la pena preguntarse sobre el tipo de *tradiciones* que se podrían encontrar en las comunidades pesqueras prehispánicas, sobre las *conductas* y *procesos* que estarían presentes y sobre la manera en que esto se reflejaría en el contexto arqueológico.

A la llegada de los españoles, durante la primera mitad del siglo XVI, las comunidades pesqueras del golfo de California no conocían la escritura, de tal modo que cabe suponer que el conocimiento se transmitía de forma oral. Los españoles registraron en sus escritos algo de dicho conocimiento interrogando a sus informantes indígenas respecto a la existencia de recursos y poblados, principalmente, no sin enfrentarse muchas veces con las dificultades que menciona Hasslöf,²⁵ como la imposición del punto de vista del interrogador, la reticencia de los indígenas a hablar sobre ciertos temas, las distintas

²⁵ Cf. Hasslöf, "The Concept of Living Tradition...".

cosmovisiones y, por supuesto, las diferencias lingüísticas. En estos casos, la evangelización forzada incrementaba las dificultades de comunicación y de obtener información veraz.

La ubicación de yacimientos de sal o de concentración de ciertas especies, como bivalvos perlíferos, y las épocas favorables o desfavorables para la obtención de recursos específicos, como mariscos o huevo de tortuga, deben haber sido transmitidas por *tradición oral*. La mera presencia de este tipo de materiales en contextos arqueológicos costeros sería un indicador de dicho conocimiento. Su aparición en contextos arqueológicos de tierra adentro lo confirmaría. Es de suponer que tales conocimientos, al no existir tradición escrita, se transmitieran de forma oral, lo cual confirman las crónicas tanto religiosas (*v. g.* Péres de Ribas, Miguel del Barco), como militares (*v. g.* Balthasar de Obregón, Nuño de Guzmán), entre otros.

Las comunidades pesqueras que bordeaban el golfo californiano practicaban, no obstante, otra tradición: la *representación gráfica* de muchos de los elementos que revestían alguna importancia para ellos. Las pinturas rupestres, los petrograbados, los geoglifos, la decoración de cerámica y cestería, y las figuras de arenas de colores efectuadas en algunos rituales dan cuenta de una considerable cantidad de representaciones de fauna, entre las cuales se encuentran a veces algunas especies acuáticas como peces, pulpos, tortugas, etcétera; además, las representaciones astronómicas y las propias de algunas especies animales nos permiten inferir un conocimiento fenológico preciso que sólo pudo haber sido adquirido a través de una observación constante durante generaciones y transmitida por vía oral. Sitios como Las Labradas o La Proveedora alientan sin duda este tipo de hipótesis.

La dimensión simbólica, por otro lado, conllevaría la integración del paisaje marítimo —y acuático en general— en el imaginario social. Las ofrendas al tiburón en la costa Sinaloa-Sonora; la relación caguama-femenino en las pinturas de la sierra de San Francisco; las canciones comcáac sobre especies marinas; las travesías de los tohono o'odham a las costas del Alto Golfo de California;²⁶ la gráfica

²⁶ Cf. Alberto Tapia Landeros y Federico Godínez Leal, *Peregrinaciones por Los Senderos Ancestrales de la Sal*, México, Reserva de la Biosfera El Pinacate y Gran Desierto de Altar Sonora, 2016.



rupestre alusiva, etcétera, son sólo algunos ejemplos de las innumerables formas en que esto ocurría.

Los relatos de los colonizadores europeos describen la manera en que los niños indígenas aprendían las artes y las habilidades necesarias para la vida por medio de la práctica. La guerra, la caza, la recolección, la cestería, la confección de indumentaria, la agricultura y, por supuesto, la pesca y la obtención de recursos marinos eran algunas de las actividades que aprendían los indígenas desde la primera infancia por medio de la observación y la imitación de *actividades manuales*, los gestos y el comportamiento de los adultos. Incluso la realización del arte rupestre se hacía de este modo según consta en algunos registros etnohistóricos y etnográficos del suroeste norteamericano. Por ejemplo, en las partidas de caza comunales se hacía participar a los niños para que adquirieran gradualmente habilidades tanto para las actividades cinegéticas como para las bélicas. En algunas manifestaciones rupestres de tema cinegético aparecen figuras antropomorfas de menor tamaño que podrían estar representando infantes. Derivado de lo anterior, se desprende que durante la imitación y el aprendizaje se enseñaba el uso y función de los artefactos y materiales relacionados con las actividades en cuestión así como de las técnicas apropiadas para su aprovechamiento.

Ninguna de las tradiciones anteriores habría sido posible si no estuviera sancionada, de alguna forma, social o institucionalmente. Los hábitos, las costumbres y la normatividad social implican un grado mínimo de consenso así como una cosmovisión e ideología compartidas. Refieren las fuentes que, en el caso de algunas comunidades pesqueras de la costa sinaloense, se acostumbraba colocar un amasijo de diversas plantas y huesos en la playa justo antes de entrar al mar. Los indígenas explicaban que era una especie de ofrenda a los tiburones para que no atacaran a los que, buceando en busca de algunos elementos marinos específicos, como podrían ser *spondylus*, perlas, concha nácar, etcétera, se adentraban en aguas profundas o en mar abierto. Dicha práctica sólo puede haber sido aprendida mediante una *tradición social*. El trabajo de la concha para la fabricación de ornamentos puede haber tenido alguna regulación de este tipo dado el grado de especialización que requiere y los ámbitos específicos en que, según las fuentes, se utilizaban algunos de



ellos como el deslumbrante atavío de concha nácar que portaba un jefe guerrero yaqui en el sur de Sonora durante un enfrentamiento con los españoles en el siglo XVI.

Es mucha la información acerca de la cultura marítima que los grupos de la planicie costera del Pacífico mexicano desarrollaron durante milenios. La separación en temas propuesta arriba es únicamente con fines analíticos pues, sin duda, todas las actividades mencionadas y los ámbitos de su quehacer estaban fuertemente entrelazadas en la realidad social de los grupos del otrora mar Bermejo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS